

LA ISLA CRUCIFICADA

---

SANTO DOMINGO

CAPILLA DE LA CONSINA





## ECCE POPULUS

¡Yo vi un pueblo, Señor, crucificado  
sobre la blanca cruz de su bandera,  
igual que Tú, de espinas coronado,  
el busto inmóvil y la tez de cera,

el rostro de dolor desencajado,  
vuelta la vista a la celeste esfera  
sangrando por la herida del costado  
y roja de sudor la cabellera...!

Y cual Inri también, sobre el madero,  
escrito en inglés bárbaro un letrero:  
—¡Por ser tierra inerte, libre y rica,

América del Norte te condena;  
y en nombre del Derecho te encadena,  
y por la Libertad te crucifica!



## LAS CIUDADES DE SANTO DOMINGO

## I

## SANTO DOMINGO.

Santo Domingo, Ciudad Primada,  
tan legendaria, tan religiosa;  
mirto y encina, laurel y rosa,  
cota y casulla, mitra y espada;

primera estrofa del gran poema  
de oro y de acero, de gloria y luz,  
donde levanta, como un emblema,  
sus redentores brazos la Cruz,

prestando alientos a la esperanza  
en la más honda tribulación,  
como diciendo: —¡Ten confianza...!  
¡Con éste signo todo se alcanza,



porque es el signo de Redención...!  
 ¡Solar de veinte pueblos hermanos,  
 vela tus fuerzas; y aunque los grillos  
 sierren los huesos de tus tobillos

y entre cadenas sangren tus manos,  
 ni en los sudores de tu agonía  
 doblegues nunca tu altiva frente;  
 pon el pasado sobre el presente,

y en tu futuro de luz confía,  
 porque de toda la estirpe ibérica  
 la fe indomable su fuego entraña  
 en los volcanes de tu alma homérica,

y serás siempre, para la América,  
 lo que Toledo fué para España...!  
 ¡La Ciudad Santa, donde la Historia  
 tímida entra, descalzo el pie,

a deslumbrarse con la memoria  
 y la grandeza de lo que fué...!  
 ¡El Arca Sacra de nuestra gloria  
 y el relicario de nuestra Fe...!

¿Qué importa verse crucificado,  
 manando sangre por el costado,  
 en el Calvario de la Pasión?,  
 si en las antiguas torres cristianas

claman los bronces de las campanas:  
 «¡La Fe no ha muerto...! ¡Resurrección...!»  
 ¡Santo Domingo, ciudad sonora,  
 como una antigua trompa guerrera,

de ojos de llama, labios de aurora,  
 y alma fecunda de Primavera;  
 maravillosa Ciudad Primada,  
 segura y recta como la espada

que en tu recinto clavó triunfante  
 la noble mano del Almirante;  
 y al mismo tiempo tenaz y osada,  
 como los bravos aventureros

que con sus cruces y sus aceros  
 resucitaron en su jornada  
 y superaron en la pelea  
 los heroísmos de la Iliada

y los peligros de la Odisea...!  
 ¡Temple de acero te dió Castilla,  
 y en los azares de tu camino,  
 bajo tu planta, soberbia, humilla

hasta lo adverso de tu destino...!  
 ¡Jamás abatas tus pensamientos;  
 desprecia el soplo del vendaval,  
 y alza tu gloria pétrea a los vientos,



como segura de sus cimientos  
yergue sus torres tu Catedral,  
que a tu alma dieron esos caudillos,  
con el prestigio de sus blasones,

la resistencia de sus castillos  
y la fiereza de sus leones...!  
¡Ciudad vetusta de oro y de acero,  
digna del ritmo recio y profundo

y de las pompas del Romancero;  
la Salamanca del Nuevo Mundo...!  
¡Todas tus piedras claman a una;  
y ante lo intenso de sus clamores

llantos de plata vierte la Luna  
y el Sol desangra sus resplandores...!  
Sobre tus ruinas curva los hombros,  
y tu destino descifrarás,

oyendo el eco de sus escombros...  
¡Reza!—Murmura San Nicolás...  
—¡Ten la fe heroica de los varones  
que levantaron mis torreones;

y en los arrobos de mi sagrario  
se consumieron como carbones  
en los vaivenes de un incensario...!  
¡Los que postrados en mis altares

ven cómo el humo de su ceniza  
bajo los siglos se pulveriza  
con la argamasa de mis sillares...!  
¡Sigue sin tregua tu derrotero,

enamorada de tus linajes,  
con la constancia del misionero  
que despreciando mofas y ultrajes,  
mano que hostiga, piedra que hiere,

con las pupilas en Cristo muere  
bajo las flechas de los salvajes...!  
Sobre las furias del mar erguidos,  
mostrando altivos sus cicatrices

de viejas glorias, y estremecidos  
hasta en las piedras de sus raíces:  
—¡Armate!—gritan tus baluartes...  
—¡Se cual los bravos que desplegaron

sobre mis torres sus estandartes  
y con su sangre nos fecundaron...!  
¡Al sol desnuda la vieja espada;  
ciñe la antigua cota guerrera,

y muere antes que ver izada  
sobre nosotros otra bandera...!  
¡Nada te importe, Ciudad bravia,  
que la moderna piratería



bajo el amparo de sus disfraces  
 turbe el silencio de tus arenas,  
 porque tus manos aún son capaces  
 —y de ello siempre tuvieron fama—

de rasgar frenos, romper cadenas,  
 y ahorcar piratas de las almenas  
 que se reflejan sobre el Ozama...!  
 ¡Ciudad que eres altar sagrado

donde dos mundos se han desposado,  
 calla la angustia de tu sufrir,  
 y oye las voces de tu pasado  
 que son las voces del Porvenir...!

¡Cuentan las brisas a tus florestas  
 y el plenilunio narra a tus flores  
 las sobrehumanas y heroicas gestas  
 de aquellos nobles conquistadores

que de las ceibas de tus riberas,  
 en un enlace férreo y fecundo,  
 liaron los cables de las galeras  
 que descubrieron un Nuevo Mundo;

los que en ofrenda de tanta hazaña  
 te moldearon, en sus destierros,  
 con los granitos y con los hierros  
 de las Ciudades viejas de España,

ennobleciendo tus maravillas  
 con la bandera de las Castillas;  
 y sobre el yunque, con férrea maza  
 delinearon tus firmes trazos,

como forjados, a martillazos,  
 sobre el acero de una coraza...!  
 ¡Santo Domingo, faro divino  
 que en las tinieblas del mar profundo

al argonauta mostró el camino  
 del vellocino del Nuevo Mundo...!  
 ¡Ciudad que antiguas glorias rezumas,  
 y aún tus altivas sienas coronas

con los penachos de regias plumas  
 de tus Caonabos y Anacaonas...!  
 ¡Solar invicto de los Colones,  
 que te ciñeron la flor suprema

un regio Alcázar, como diadema,  
 y un cinto heroico de torreones...!  
 ¡Nidal de aquellos bravos halcones  
 que alzaron soles bajo sus huellas,

y en sus divinos y raudos vuelos  
 se remontaron hasta los cielos  
 y desplumaron a las estrellas;  
 y en su inaudito volar ardiente,



estremecidas las alas grandes,  
aprimaron, sobre los Andes,  
entre sus garras un Continente...!  
La misma sangre de los bizarros

héroes que ensalzan eternas loas:  
de los Corteses, de los Pizarros,  
de los Ojedas y los Balboas,  
ardió en las venas de los Duartes

Vázquez y Mellas: ¡La Trinidad  
que desplegando sus estandartes  
le dió a tu pueblo la libertad...!  
¡Santas mujeres dominicanas,

bellas y nobles como sultanas,  
de altivos portes y andar sereno,  
negras pupilas y rizos bravos,  
¡secad las fuentes de vuestro seno

antes que nutran sangre de esclavos...!  
¡Santo Domingo, ten fe y confía,  
que la justicia de Dios un día  
hará que ondula, libre a los vientos,

la cruz de armiño de tu bandera  
como un emblema de tu hidalguía...!  
¡Clava en los Cielos tus pensamientos;  
pero no olvides, en tu porfía,

que eres cachorro de una Leona,  
y antes que ultrajen a tu arrogancia,  
arde y expira, como Numancia...!  
¡Quémate y muere, como Gerona...!

¡Alza tu frente grave y austera  
de la desgracia que ahora te abisma;  
no pierdas nunca la fe en ti misma,  
y vigilante y armada espera

bajo la sombra de tu bandera...!  
La suerte adversa sufre con calma,  
y tu Calvario recorre sola...  
¡Cada martirio tiene su palma...!

¡Nadie arrancarte podrá tu alma...,  
y tu alma siempre será española!



## II

## SAN PEDRO DE MACORIS

¡Ciudad de los Ingenios, a quien presta su escudo  
pontifical el nombre del Apóstol barbudo,

que bajo los auspicios de la Loba Romana  
erigió los cimientos de la Iglesia Cristiana...!

¡Que las manos que guardan las llaves de los cielos,  
custodien tus destinos y dirijan tus vuelos,

hasta que la más joven de todas las ciudades  
de la antigua Hispaniola, asombre a las edades

con las inmarcesibles glorias de sus laureles;  
y en tus marmóreos pórticos esculpan los cinceles

con caracteres áureos, blanca ciudad moderna:  
—Soy como Esparta heroica, y como Roma eternal!—

¡Jamás ni los más ricos y ostentosos monarcas  
tuvieron los tesoros que custodian tus arcas,

pues las rubias abejas de tu enjambre sonoro  
truecan la caña en mieles y las mieles en oro,

y transforman la humilde flor de tus cafetales  
en fabulosos iris de joyas imperiales...!

¡Más aunque resucitan tus radas de zafiro  
las pompas comerciales de Sidón y de Tiro,

fiel a la noble sangre que enrojece tus venas,  
en tus plazas revives las agoras de Atenas,

y músicos y artistas y poetas supremos  
hacen de tus vergeles un Jardín de Academos,

pues con las carabelas gloriosas de Castilla  
que hacia este Paraíso enfilaron la quilla,

entre oidores, soldados, frailes y traficantes  
vino también el genio divino de Cervantes,

para poner cual alas de todo humano anhelo  
nostalgias de infinito y saudades de cielo...!

Tu historia es la leyenda de todo esfuerzo humano;  
con tus muros de palma y tu techo de guano



primeramente fuiste solitario bohío  
soñando en las azules transparencias del río,

donde una joven india, como una garza esbelta,  
sobre el bronce desnudo la negra trenza suelta

y los ojos clavados en el azul del agua,  
esperaba el arribo de una frágil piragua...

Después fuiste una aldea... Las garzas en su vuelo  
trazaron una curva de asombro por el cielo,

al romper el silencio lustral de la mañana  
el argentino y dulce clamor de una campana...

Luego fuiste poblado... Tus verdes cocoteros  
aplacaron la lúbrica sed de los bucaneros...

¡Y ahora, bajo el amparo feraz de tus montañas,  
entre huertos de flores y vergeles de cañas,

entre el maravilloso dosel de tus palmeras,  
surges, ciudad de ensueño, del mar a las riberas,

limpia, clara y amable, con tu traje sencillo,  
blanca y azul, cual una Concepción de Murillo!

¡Y el Ángel del trabajo, entre sus manos puras  
como en la apoteosis de las viejas pinturas,

mientras cruzan los cielos repiques y canciones,  
te ofrece el blanco lirio de las Anunciaciones...!

¡Y se empurpura el nardo de tu rostro moreno,  
al sentir que algo nuevo quiere romper tu seno...!

¡Ciudad, al mismo tiempo alegre y laboriosa,  
—actividad de abeja y alma de mariposa—,

Hasta que de dulzuras se rompan tus panales  
y cristalicen todos tus sueños ideales,

sigue libando mieles y poemas en todas  
las flores que se abren para aromar tus bodas...!

¡No afemines tu sangre ni amengües tu energía;  
prosigue acrecentando tu hacienda cada día...!

¡Labora en los prodigios de tus campos...! ¡Labora  
hasta que estallen himnos de claridad la aurora,

y en un lagrimeante fulgor de pedrería  
se apaguen las estrellas al resplandor del día...!

¡Cuida y vigila el sueño que en tus entrañas late,  
y ármate para el ímpetu del futuro combate,

que si Santo Domingo es centinela armado  
que custodia las ruinas gloriosas del Pasado,



tú, serás la nodriza que con su seno puro  
ha de nutrir de gloria las glorias del Futuro...!

¡Los tiempos son de lucha, ciudad dominicana...!  
¡El Derecho es tan solo una palabra vana,

cuando contra el impulso de extrañas ambiciones  
no lo ampara el escándalo mortal de los cañones...!

¡La Justicia del débil en humo se convierte  
cuando se opone al bárbaro derecho del más fuerte!

¡Y a pesar de la blanca mano del Nazareno,  
de tanto y tanto código, y tanto y tanto freno,

la Fuerza eternamente será el Moloch fecundo  
que devore sin treguas el corazón del mundo...!

¡Hay que vivir armados hasta los dientes, para  
afrontar los peligros que vengan, cara a cara,

y oponer hierro a hierro, y ambición a ambición,  
y a las garras del águila las zarpas de león!

¡Oh, heroicos niños!, ¡cómo cazaréis las estrellas,  
si en la aljaba no hay flechas que lanzar contra ellas!

¡Para herir en el blanco no basta ojo certero,  
y tener firme el pulso y el corazón de acero,

sino que es necesario un arco bien seguro  
y una flecha que pueda atravesar un muro...!

¡Por eso, ciudad blanca y azul, calla y trabaja;  
tala cañas de oro; tu pesar amortaja,

arrojando en los surcos las simientes futuras;  
y si algún día sientes extrañas ligaduras

y algún Ojeda esposa tus puños de Caonabo,  
no olvides que en tu raza jamás hubo un esclavo,

porque tu raza hispana, altiva, audaz y fuerte,  
sabe que esclavitudes se borran con la muerte...!

¡Ciudad azul y blanca, vive en paz y labora;  
en los celestes surcos lanza siembras de aurora;

forja del hierro duro que en sus senos encierra  
los arados que hagan más frondosa tu tierra;

pero del mismo hierro, forja también la espada  
que defienda los fueros de tu heredad sagrada

donde tan fértilmente arraigó la semilla  
del altivo y valiente corazón de Castilla...!

Y si violentamente, una mano extranjera  
profanase algún día la cruz de tu bandera,



¡ciudad azul y blanca, recuerda, aunque estés sola,  
que corre por tus venas nuestra sangre española;

y esgrimiendo el acero con tus robustas manos  
sé tú la Covadonga de los dominicanos!

## III

## SANTIAGO DE LOS CABALLEROS

¡Santiago de los Caballeros...!  
¡Ciudad trazada, de improviso,  
en un jardín del Paraíso,  
por la virtud de los aceros

de treinta hidalgos de Castilla,  
como un tributo de campaña  
al Santo Apóstol que acaudilla  
las huestes épicas de España...!

¡Por eso, en guerras y en amores  
has sido siempre la primera,  
cual si en tu alma renaciera,  
ciudad de héroes y de flores,  
el alma noble, roja y fiera  
de tus antiguos fundadores;



y eternamente te prestara  
para los besos y la lid,  
los rojos labios de Mañara  
y el brazo homérico del Cid!

¡De blanco, como una esperanza  
eterna sobre su corcel,  
en ristre el hierro de la lanza  
y en alto el oro del broquel,

tus glorias vela tu Patrono;  
un sueño heroico te blasona,  
y aún tienes reina, en tu abandono,  
tu Catedral de luz por trono  
y un viejo fuerte por corona...!

¡Ciudad magnífica y fulgente,  
toda de púrpura y tisú,  
como las reinas del Oriente;  
no existe en todo el Continente  
otra tan noble como tú...!

¡Erguida al pie de la espesura  
que hace de tu feraz llanura  
un paraíso terrenal,  
con tu albo manto y tu brial,  
tu férreo casco y tu armadura,  
muéstrase el porte señorial  
y la romántica hermosura

de una infanzona castellana,  
que escucha, desde un mirador,  
bajo la gótica ventana,  
la voz dulcísima y lejana  
de algún errante trovador...!

¡Bajo el celeste arrobamiento  
del plenilunio tienes esa  
idialidad de una abadesa,  
que con la blanca toca al viento,  
sembrando estrellas atraviesa  
los largos claustros de un convento...!

¡Y al resplandor del mediodía,  
en ti revive la alegría,  
el ritmo cálido y sonoro,  
risa de azul, de plata y oro,  
de una ciudad de Andalucía...!

¡Y entre el verdor de tus jardines,  
bajo tu cielo azul de raso,  
con tu abanico y tus chapines,  
el faldellín de medio paso,

la chaquetilla enmadroñada,  
y la peineta y la mantilla,  
pudiera ser Cádiz, Sevilla,  
Málaga, Córdoba o Granada...!

¡Pues como ellas también tienes  
rostro moreno, labios rojos;



claveles dobles en las sienas,  
sombras nocturnas en los ojos;

primaveral risa argentina,  
senos de sedas y de aroma,  
alma arrullante de paloma  
y corazón de golondrina;

mirada trágica que hiere  
cual los puñales sevillanos,  
y una guitarra que se muere  
de amor, llorando entre tus manos...!

Más aunque adoras los cantares,  
la llama viva de la rosa,  
la nieve de los azahares,  
y la embriaguez voluptuosa  
de los danzones populares,

y estremecida hasta en los huesos,  
rimas tus últimos suspiros  
al son del triple y de los güiros,  
ebria de sol, de caña y besos;

también te gusta ser activa:  
abrir los surcos de la gleba  
para engendrar en tierra viva  
las luces de una aurora nueva;

poner en orden tu casona;  
talar los fértiles ramajes,

y domeñar potros salvajes  
entre tus muslos de amazona;

acrecentar tu antigua hacienda  
con el cuidado y el esmero  
de un laborioso jardinero...

¡Y ante tu esfuerzo, como ofrenda,  
derrama pródigo el Cibao  
sus cornucopias a tu pie:  
el joyel grana del cacao;  
las perlas negras del café;

la nieve de los cocoteros;  
la rubia miel de los panales;  
los humeantes pebeteros  
de los frondosos tabacales;

flores y frutos, y también  
maderas dignas de un harén,  
de tan fragante condición  
que envidiaría Salomón  
para labrar el artesón  
del templo de Jerusalén...!

Recuas que evocan caravanas  
desfilan lentas, por tus calles  
purificando tus mañanas  
con las fragancias de tus valles.



¡Y el Yaque, el amplio y claro río,  
que es el espejo que refleja  
la austeridad de tu atavío,  
lame tus plantas, y se aleja

entre caobales y entre cañas,  
sonoro y rítmico, a llevar  
los tributos de las montañas  
al gran cacique azul del mar...!

¡Más aunque gozas y trabajas,  
activa como una colmena  
y alegre como unas sonajas,  
cuando el clarín ronco resuena

desnudas la gloriosa espada  
de los antiguos caballeros,  
y polvorosa y desgrefñada,  
por la pureza de tus fueros  
sucumbes en la barricada...!

¡Y cuando audaz planta extranjera,  
holló tu suelo bendecido,  
tu sangre ha sido la primavera  
y la última que se ha vertido  
bajo la cruz de tu bandera...!

¡Nadie en heroica te ha igualado,  
pues ya dos veces, ciudad brava,

antes de verte siendo esclava,  
tu propia carne has incendiado...!

¡Y en medio a la voracidad  
de la hoguera que te envolvía,  
aún entonabas todavía  
un himno a la Libertad...!

¡Santiago de los Caballeros,  
ciudad de héroes y de flores!  
¿Están mohosos los aceros  
de tus gloriosos fundadores...?

¿Para tus potros, no hay jinetes?  
¿Bajo el olvido de qué osarios  
yacen sepultos los machetes  
de tus heroicos trinitarios...?

¿Ya no te quedan ni mujeres  
para romper, a dentelladas,  
esas cadenas con que hieres  
tus blancas manos engrilladas...?

¿En tus florestas ya no hay ramas  
para que formes una hoguera,  
y te consumas en sus llamas  
antes de verte prisionera...?

¡Despierta tus viejos leones,  
y azúzalos, a latigazos



contra las bárbaras legiones  
que hollan la tierra en cuyos brazos  
yacen en paz tus campeones;

hasta que no queden ni huellas  
de sus pisadas en tu suelo,  
ni resplandezcan más estrellas  
que las estrellas de tu cielo...!

¡Lanza tu grito sobrehumano  
que a toda cólera provoca;  
el grito trágico que en vano  
crispada quiere ahogar tu mano  
sobre el anhelo de tu boca;

empuña el arma de tu encono  
y vibra el rayo de tu gloria,  
que el Santo Apóstol, tu patrono,  
para guiarte a la victoria,

de santa cólera ceñido,  
en su corcel de armiño avanza  
a resguardarte con su escudo  
y a defenderte con su lanza...!

¡Y si la suerte te abandona,  
antes de uncirte a extraño yugo,  
sé, ciudad heroica, tu verdugo;  
y muere como una leona,

por todas partes desangrada  
entre las llamas de una hoguera,  
como Jesús, crucificada  
sobre la cruz de tu bandera...!

Y un obelisco a tu memoria,  
de dimensiones colosales,  
erigirá tu propia gloria,  
para que en letras inmortales

diga a los siglos venideros:  
«Descansa en estas soledades  
la más leal de las ciudades:  
¡Santiago de los Caballeros...!»



## IV

## PUERTO DE PLATA

¡Puerto Plata, Puerto Plata...!  
 ¡Orgullosa anacaona  
 que con su manto escarlata,  
 su penacho y su corona,  
 regiamente se retrata,

entre la polícromía  
 de sus líricos palmares,  
 en la azul cristalería  
 sonora de la bahía  
 más hermosa de los mares...!

¡Maravillosa ciudad,  
 mezcla confusa y extraña  
 de la noble austeridad  
 de las matronas de España,  
 y la condición hurafia

de una cacica de aquéllas  
 que curvando con sus bellas  
 manos, los arcos salvajes,  
 lanzaban a las estrellas  
 las flechas de sus carcajes...!

¡Puerto Plata, Puerto Plata;  
 ciudad de bronce y de acero...!  
 ¡En tu heroico romancero  
 fuiste espanto del pirata  
 y terror del bucanero;

y hoy, en la sangrienta historia,  
 del pueblo dominicano,  
 has superado la gloria  
 de otros tiempos, que no en vano  
 los siglos, con bronce indiano

y con acero español,  
 fundieron en su crisol  
 tu alma altiva y arrogante,  
 más límpida que el diamante  
 y más ardiente que el sol...!

¡Armada como un vigía  
 sobre tu abrupta montaña,  
 no admities, ciudad bravía,  
 ni la propia tiranía  
 ni la esclavitud extraña,